

2ª ENTREGA...

HUIDA HACIA LA INMORTALIDAD

No hay mayor felicidad en el destino de un hombre que la de, en mitad de la vida, en la edad adulta, en la edad creadora, haber descubierto su misión. Núñez de Balboa sabe lo que se juega. Una muerte miserable en el patíbulo o la inmortalidad. Antes de nada tiene que sobornar a la Corona para comprar su libertad; después, legitimar y legalizar su crimen, la usurpación del poder. Por eso ahora, el rebelde de ayer, como el más solícito de los súbditos, del regalo en dinero que le ha hecho Comagre envía al tesorero real en La Española, Pasamonte, no sólo la quinta parte que por ley corresponde a la Corona, sino que, más experimentado en las prácticas mundanas que el descarnado leguleyo Enciso, añade al envío oficial un generoso donativo privado para el tesorero, con el ruego de que le ratifique en su puesto de capitán general de la colonia. El tesorero Pasamonte no tiene sin embargo competencia para hacerlo, aunque por la buena suma de oro recibida remite a Núñez de Balboa un documento provisional, en realidad sin valor. Pero al mismo tiempo, Balboa, que quiere asegurarse del todo, envía a España a dos de sus hombres de más confianza, para que hablen en la corte de sus servicios a la Corona y difundan la importante noticia que ha sonsacado al cacique. Sólo necesita, manda decir en Sevilla Vasco Núñez de Balboa, una tropa de mil hombres. Con ella se compromete a hacer por Castilla lo que ningún español ha hecho antes que él. Se compromete a descubrir el nuevo mar y a alcanzar al fin el imaginario país del oro que Colón prometiera en vano y que él, Balboa, conquistará.

Todo parece haber cambiado para este hombre perdido, para este rebelde, para este aventurero. Sin embargo, el siguiente barco que llega de España trae malas noticias.

Uno de sus cómplices en la rebelión, al que en su día envió allá para debilitar las acusaciones del despojado Enciso ante la corte, le comunica que la cuestión para él se presenta peligrosa, que incluso está en peligro de muerte. El estafado bachiller, con su querella contra los ladrones, ha hecho prevalecer su poder ante los tribunales españoles, que han condenado a Balboa a pagarle una indemnización. En cambio, la noticia sobre la situación del cercano Mar del Sur, que podría haberle salvado, no ha llegado aún. En cualquier caso, con el próximo barco arribará un representante de la justicia para pedir cuentas a Balboa por su revuelta y juzgarle sobre el terreno o bien llevarlo encadenado a España.

Vasco Núñez de Balboa se da cuenta de que está perdido. Su condena ha prosperado, antes de que allí haya llegado la noticia sobre el Mar del Sur y la costa del oro. Se sobreentiende que será aprovechada mientras su cabeza rueda por la arena. Algún otro llevará a cabo su hazaña, la hazaña con la que él sueña. A él ya no le cabe esperar nada de España. Se sabe que ha empujado a la muerte al legítimo gobernador del rey, que recurriendo a la fuerza ha expulsado al alcalde de su puesto. Tendrá que considerar como benévola la sentencia, si se limita a imponerle la prisión y no tiene que expiar su osadía en el cadalso. No puede contar con la ayuda de amigos poderosos, pues él mismo no tiene ya ningún poder y la voz de su mejor abogado, el oro, aún es demasiado débil para asegurarle el indulto. Sólo una cosa puede salvarle ahora del castigo por su osadía. Otra osadía aún mayor. Si descubre el otro mar y el nuevo Ofir antes de que arriben los hombres de la ley y de que sus esbirros le prendan y esposen, puede salvarse. Aquí, en el extremo del mundo habitado, sólo le queda una forma de huida, la huida por medio de una grandiosa proeza. La huida hacia la inmortalidad.

Así, Núñez de Balboa decide no esperar esos mil hombres que ha pedido a España para conquistar el océano desconocido, como tampoco la llegada de los representantes de la justicia. ¡Mejor aventurarse en la inmensidad con unos pocos hombres tan decididos como él! Mejor morir conociendo la gloria de haber llevado a cabo una de las más arrojadas aventuras de todos los tiempos, que ser arrastrado de modo ignominioso con las manos atadas hasta el cadalso. Núñez de Balboa convoca a la colonia, expone su intención de cruzar el estrecho, sin ocultar las dificultades, y pregunta quién quiere seguirle. Su valor envalentona a los demás. Ciento noventa soldados—casi toda la guarnición apta para el servicio de la colonia—se declaran dispuestos. No hay que ocuparse demasiado del equipo, pues en cualquier caso esta gente vive en guerra constante. Y el 1 de septiembre de 1513, para escapar de la horca o del calabozo, Núñez de Balboa, héroe y bandido, aventurero y rebelde, inicia su marcha hacia la inmortalidad.

INSTANTE IMPERECEDERO

La travesía del estrecho de Panamá comienza en la provincia de Coiba, el pequeño reino del cacique Careta, cuya hija es la compañera de Balboa. Núñez de Balboa, como se demostrará más tarde, no ha elegido el lugar más estrecho y con ese desconocimiento alarga en unos días el peligroso paso. Pero en un envite tan arriesgado hacia lo desconocido, debía de ser fundamental para él asegurar ante todo la proximidad de una tribu aliada de indios para el refuerzo o la retirada. En diez grandes canoas, la guarnición de Darién cruza en dirección a Coiba. Ciento noventa soldados armados con lanzas, espadas, arcabuces

y ballestas, y acompañados por una imponente jauría de temidos sabuesos. El cacique aliado aporta sus indios como bestias de carga y como guías. Y el 6 de septiembre se inicia esa gloriosa marcha a través del istmo, que incluso para aventureros tan atrevidos y experimentados exige inmensos sacrificios y una gran fuerza de voluntad. En medio de las sofocantes y debilitadoras temperaturas del ecuador, los españoles tienen que atravesar primero las llanuras, cuyo suelo pantanoso, preñado de enfermedades, mataría después a miles de hombres durante la construcción del canal de Panamá. Desde el primer momento, el camino hacia lo inexplorado hay que abrirlo a machetazos y golpes de espada por la ponzoñosa jungla de lianas. Como a través de una mina inmensa y verde, los primeros van desbrozando a través de la espesura una estrecha galería, que después el ejército de los conquistadores recorre hombre a hombre en una larga e interminable hilera, siempre con las armas en la mano, siempre, noche y día, con los sentidos al acecho y en tensión, para rechazar un repentino ataque de los indígenas. El calor resulta sofocante en la oscuridad bochornosa y llena de vahos de las húmedas bóvedas que forman los gigantescos árboles, sobre los que arde un sol despiadado. Cubiertos de sudor y con los labios sedientos, los hombres se arrastran con sus pesadas armaduras, avanzando legua tras legua, cuando de pronto, una vez más, se desatan aguaceros huracanados. Los pequeños arroyos, en un abrir y cerrar de ojos, se convierten en ríos impetuosos que ellos se ven obligados a vadear o cruzar rápidamente por los inestables puentes de corteza que los indios improvisan. Como alimento, los españoles no tienen más que un puñado de maíz. Con sueño, hambrientos, muertos de sed, rodeados por miríadas de lancinantes insectos que les chupan la sangre, se esfuerzan por avanzar con las ropas rasgadas

por las espinas y los pies heridos, los ojos febriles y las mejillas hinchadas por las picaduras de los zumbantes mosquitos, sin descansar durante el día ni dormir por la noche y pronto ya extenuados por completo. Tras la primera semana de marcha, una gran parte de la tropa no puede soportar las fatigas, y Núñez de Balboa, que sabe que aún les esperan los verdaderos peligros, ordena que todos los enfermos con fiebre y los que estén cansados se queden atrás. Quiere adentrarse en la aventura decisiva únicamente con lo más selecto de su tropa.

Al fin el terreno empieza a elevarse. La selva, que sólo en las llanuras pantanosas puede desplegar toda su exuberancia tropical, se vuelve cada vez más clara. Pero ahora que la sombra ya no les protege, el sol del ecuador, deslumbrante y riguroso, arde al rojo cayendo a plomo sobre sus pesadas armaduras. Lentamente y en cortas etapas, los hombres desfallecidos consiguen escalar, paso a paso, esa región montañosa en dirección a la cordillera que, como un espinazo de piedra, separa el estrecho margen entre los dos mares. Poco a poco la vista va encontrando menos obstáculos, luego el aire se refresca. Tras dieciocho días de esfuerzos heroicos, las mayores dificultades parecen superadas. Ya se eleva ante ellos la cresta de montañas desde cuyas cumbres, según indican los guías indios, se pueden contemplar los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, aún desconocido y anónimo. Pero precisamente ahora que la resistencia obstinada e insidiosa de la naturaleza parece vencida, les sale al encuentro un nuevo enemigo, el cacique de aquella región, que con cientos de sus hombres cierra el paso a los extranjeros. Núñez de Balboa tiene ya una amplia experiencia en la lucha con los indios. Basta descargar una salva con los arcabuces y, una vez más, el trueno y el relámpago artificiales muestran su mágico y acreditado poder sobre los indígenas. Asustados

huyen dando gritos, perseguidos por los españoles y los sabuesos. Pero en lugar de alegrarse por esa fácil victoria, Balboa, como todos los conquistadores españoles, la deshonra por la miserable crueldad con que hace que cierta cantidad de prisioneros, atados e indefensos—sucedáneo de las corridas de toros y de los juegos de gladiadores—, sean despedazados, desmembrados y devorados por la jauría de sabuesos hambrientos. Una repugnante carnicería envilece la última noche, la víspera del día en el que Núñez de Balboa conoce la inmortalidad.

Mezcla única e inexplicable, la que se da en el carácter y en la forma de actuar de los conquistadores españoles. Piadosos y creyentes, como por entonces sólo lo eran los cristianos, invocan a Dios de todo corazón y al mismo tiempo cometen en su nombre las atrocidades más vergonzosas de la Historia. Capaces de los más magníficos y heroicos méritos del valor, del sacrificio, y con una gran resistencia frente a las privaciones, se enfrentan y engañan unos a otros del modo más escandaloso. Y en mitad de sus bajezas, aún hacen gala de un marcado sentimiento del honor y de un sentido prodigioso y verdaderamente admirable de la magnitud histórica de su misión. El propio Núñez de Balboa, que la noche anterior ha arrojado a prisioneros inocentes a los sabuesos y que, satisfecho, tal vez acariciara los bellos de las bestias chorreantes de sangre humana aún fresca, está muy seguro de la importancia de su acción en la Historia de la humanidad y, en el momento decisivo, da con uno de esos gestos grandiosos que permanecen para siempre a lo largo de los tiempos. Sabe que ese 25 de septiembre será un día histórico. Con una asombrosa carga emocional típicamente española, este aventurero endurecido y sin escrúpulos manifiesta hasta qué punto comprende que el sentido de su misión está por encima de la época.

El gesto grandioso de Balboa consiste en lo siguiente. Por la noche, justo después del baño de sangre, un indígena le ha indicado una cercana cumbre desde cuya altura se puede contemplar ya el mar, el desconocido Mar del Sur. En seguida Balboa toma sus medidas. Deja a los heridos y extenuados en la población saqueada y ordena que aquellos que aún son capaces de avanzar, sesenta y siete en total, de los ciento noventa con los que partió de Darién—asciendan esa montaña. Hacia las diez de la mañana están cerca de la cima. Sólo queda escalar una pequeña y pelada cumbre. Después, la vista se extenderá en la inmensidad.

En ese momento, Balboa ordena a sus hombres que se detengan. Nadie debe seguirle, pues esa primera vista del océano desconocido no quiere compartirla con ninguno. Quiere ser el único por toda la eternidad, el primer español, el primer europeo, el primer cristiano que, después de haber atravesado ese otro océano enorme de nuestro universo, el Atlántico, haya divisado por fin éste, aún desconocido, el Pacífico. Despacio, con el corazón palpitante, profundamente imbuido del significado del momento, con la bandera en la mano izquierda y la espada en la derecha, una silueta solitaria asciende en medio del orbe inmenso. Asciende lentamente, sin prisa, pues la verdadera empresa ya ha sido realizada. Sólo un par de pasos más, cada vez menos. Y en efecto, cuando llega a la cumbre, ante él se abre una enorme vista. Tras las montañas en declive, tras las verdes colinas cubiertas de bosque, yace inacabable un gigantesco disco de metal reluciente: el mar, el mar, el nuevo, el desconocido, hasta ahora únicamente soñado y jamás visto, el legendario, el mar buscado en vano desde hace años y años por Colón y por todos sus sucesores, cuyas olas bañan las costas de América, de la India y de China. Vasco Núñez de Balboa mira y mira, ufano y feliz, disfrutando al saber que sus ojos son los

primeros de un europeo en los que se refleja el infinito azul de esas aguas.

Vasco Núñez de Balboa contempla largo y tendido en la distancia. Sólo después llama a sus camaradas para que compartan su alegría, su orgullo. Inquietos, excitados, jadeando y gritando, trepan, se encaraman, corren por la montaña, se quedan absortos, asombrados, y con miradas de entusiasmo señalan hacia allí. De pronto el padre Andrés de Vara entona el *Te Deum laudamus*. De inmediato cesa el barullo y el griterío. Las voces rudas y ásperas de todos esos soldados, aventureros y criminales se unen en un coro piadoso. Asombrados, los indios ven cómo a una palabra del sacerdote derriban un árbol para construir una cruz, y en la madera graban las iniciales del rey de España. Y cuando esa cruz se eleva es como si sus dos brazos quisieran abarcar ambos mares, el océano Atlántico y el Pacífico, con todas sus invisibles lejanías.

En medio del temeroso silencio, Núñez de Balboa se adelanta y pronuncia un discurso ante sus soldados. Harían bien en agradecer a Dios que les haya concedido este honor y esta merced, y en pedirle que les siga ayudando para conquistar ese mar y todas esas tierras. Si quieren seguir fielmente con él como hasta ahora, regresarán de esas Nuevas Indias como los españoles más ricos de todos. Con solemnidad, hace ondear la bandera a los cuatro vientos para tomar posesión por España de todo el espacio por el que circulan esos vientos. Después llama a su escribano, Andrés de Valderrábano, para que extienda un documento que registre el solemne acto. Andrés de Valderrábano desenrolla un pergamino, que ha arrastrado consigo a través de la selva en un cofrecillo de madera junto con un tintero y una pluma de ganso, y exhorta a todos «los caballeros e hidalgos y hombres de bien que se

hallaron en el descubrimiento del Mar del Sur con el magnífico y muy noble señor el capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador de Su Alteza» a que ratifiquen que «ese señor Vasco Núñez de Balboa fue el primero que vio ese mar y que se lo mostró a los siguientes».

Después, los sesenta y siete bajan desde la montaña. Ese 25 de septiembre de 1513 la humanidad conoce el último océano de la Tierra, hasta entonces ignoto.

